

LA CRISIS EN UN CALLEJON SIN SALIDA

Pedro Montes

Un artículo con un título tan contundente, y en apariencia tan desalentador, requiere de unas aclaraciones previas. En primer lugar, que la crisis se refiere a la de nuestro país, el cual, aunque inmerso y afectado por la crisis financiera internacional, tiene unos problemas singulares. En segundo lugar, que hablo de un callejón sin salidas económicas en el marco del orden establecido, es decir, del capitalismo y del contexto de la Europa de Maastricht. En tercer lugar, que la falta de alternativas no debe implicar para la izquierda permanecer muda y desmovilizada. Todo lo contrario, pese a las dificultades, debe tratar que los caminos que se emprendan lleven a sus objetivos: avanzar en el control de la economía por parte de la sociedad, ampliar los derechos sociales y laborales de los trabajadores y mejorar el bienestar de la mayoría de la población.

Es inevitable que este artículo sea polémico, si bien está escrito sin ánimo alguno de provocación. Responde únicamente a las opiniones de su autor, preocupado desde hace mucho tiempo por todo lo que implicaba desde el punto de vista político y económico la Europa de Maastricht. Está en manos de lectores criticarlo o reducirlo al absurdo con los argumentos pertinentes.

La singular crisis española

No entro a prejuzgar el desenlace que tendrá la crisis financiera internacional, ni los cambios políticos y sociales de todo orden que puede desencadenar. Me limitaré al caso de la economía española, resaltando que esa crisis ha venido a descubrir descarnadamente algunos problemas muy graves, que eran previos e independientes de ella y que se mantenían soterrados por el clima de normalidad que se pretendía difundir y la ceguera de los gobernantes y demás estamentos sociales dominantes, interesados en no perturbar un estado de cosas que tan provechoso les resultaba.

La tesis fundamental que sostengo es que la crisis será muy cruda y prolongada, con consecuencias sociales que sólo se han empezado a padecer y vislumbrar. Concurren además en el caso de nuestro país desequilibrios tan profundos que impiden la adopción de medidas para

superarla. En el plano económico, dentro del actual marco, no hay soluciones viables.

El estallido de burbuja inmobiliaria, después de tantos años de expansión disparatada de la construcción, es el hecho más importante entre los que agravan las circunstancias de la economía española en comparación con la mayoría de los otros países. El sector inmobiliario aún no ha pasado toda la factura que cabe temer, tanto en términos financieros, es decir de una crisis financiera con origen propio, como en económicos, con el hundimiento de su actividad y sus efectos depresivos sobre resto de la economía. No obstante, tarde o temprano, la crisis inmobiliaria acabará superándose, y aunque sean enormes sus destrozos, llegará un momento en que la construcción de viviendas y todo lo que lleva aparejado reemprenderá su curso normal. Es decir, siendo un problema coyuntural grave, no es una amenaza que condicione el futuro.

Otro rasgo peculiar de la economía española es que desde la primera crisis energética en 1973, coincidiendo con el final de la onda expansiva del capitalismo que se inició tras la II Guerra Mundial, su tasa de paro ha sido siempre comparativamente muy elevada en relación con los países de su entorno. La natalidad de años anteriores, la vuelta de emigrantes, el desalojo del campo por la población agraria y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo están en el origen de esa evolución. Los ciclos coyunturales han sido intensos en lo que respecta paro, pero siempre ha ocurrido que su nivel ha sobrepasado ampliamente el de las economías europeas. En el momento más favorable de los últimos tiempos, después de 12 años de una expansión sostenida, la tasa de paro no ha descendido por debajo del 8% (III trimestre de 2007). Se inició la crisis, por tanto, como un alto desempleo, lo cual, unido a la extrema precariedad de los contratos, hace que el paro pueda crecer rápido e intensamente (tasa del 11,3% en el III trimestre de 2008) y alcance pronto cotas social y políticamente insostenibles.

Cabría poner de manifiesto otros aspectos negativos y desfavorables de la economía española, pero es innecesario resaltarlos. El fundamental, el que constituye el núcleo esencial de lo que entiendo por crisis irresoluble, es el déficit exterior de la economía española. Como es sabido, el déficit por cuenta corriente de la balanza de pagos representó ya más del 10% del PIB en 2007 y superó la cifra de los 100.000 millones de euros, cuando al comenzar la andadura del euro, en 1999, el desequilibrio exterior era irrelevante. Se discute, casi en tono académico, si ese déficit ha surgido como consecuencia de una falta de ahorro interno para financiar un ritmo intenso de la inversión o si, como pienso, el déficit refleja

fundamentalmente la pérdida de competitividad de la economía española. Si el desequilibrio tuviera su origen en el exceso de inversión, la caída pronunciada de ésta en el último año se habría hecho notar en el déficit exterior, cosa que no ha sucedido (hasta septiembre de este año, pese al cambio de coyuntura, el déficit ha crecido en otro 6%). La identidad matemática que nos dice que la diferencia entre la inversión y el ahorro internos es igual al déficit exterior no explican los procesos económicos complejos que determinan ese déficit, en los que interviene toda la demanda y la producción.

El resultado de los déficit crecientes en los últimos años es que la economía española ha alcanzado un endeudamiento neto exterior que supera el 70% del PIB y asciende a más de 700.000 millones de euros. Ese endeudamiento, además, es producto de una alta actividad financiera por la cual se han multiplicado por varias veces en pocos años tanto los activos financieros frente exterior, que ascendían a 1.400.000 millones de euros al final de 2007, como los pasivos exteriores, que representaban el doble del PIB y superaron los 2.100.000 millones de euros, es decir más de 2 billones.

Financiar cada año el nuevo déficit, de unos 100.000 millones de euros, y atender simultáneamente los requerimientos de intereses, amortización y renovación de esos elevadísimos pasivos exteriores empezaba a ser un problema muy serio antes de la crisis financiera internacional, como lo revela, entre otros datos, la prima de riesgo que ya pagaba el país por los fondos obtenidos. Con el estallido de ésta y el colapso sufrido por el sistema financiero las dificultades se han acrecentado de modo muy acusado. Pero debe quedar claro que con crisis financiera internacional o sin ella la evolución del sector exterior de la economía española es insostenible. Y este es el problema que como un peso insoportable arrastra la economía española para afrontar el futuro.

Culpables y responsables

El culpable de este desequilibrio incontrolado es el euro, si cabe la expresión. Los responsables, por supuesto, son los gobernantes que nos incorporaron a la moneda única con tan cortas miras y tan mínima comprensión de lo que significaba su implantación, si bien es verdad que obtuvieron la aceptación ampliamente mayoritaria de la sociedad, incluida la complicidad de las fuerzas de la izquierda y de los sindicatos. Todo el país aplaudió la llegada del euro. Ni los intelectuales ni los economistas sospecharon de inconveniente alguno, cuando la historia e incluso

acontecimientos muy recientes, como la crisis del SME en los primeros noventa, una vez aprobado el Tratado de Maastricht, arrojaban muchas enseñanzas y prevenciones. Alguna voz discrepante y despistada, muy pocas, que las hubo, no tuvieron eco.

La “culpabilidad” del euro consiste en lo siguiente. Por un lado, el tiempo de bonanza económica y expansión financiera ha permitido financiar el déficit exterior sin problemas, sin ruido, en el marco creado por la moneda única y el eurosistema bancario. Bobalicónicamente se exaltaba este nuevo marco, e incluso se le se reconocían poderes taumatúrgicos: ¡que maravilla se pensaba, con el euro han desaparecido las crisis recurrentes del sector exterior! Todavía en las páginas de economía de El País, ¡en abril de 2008!, en un gran titular podía leerse: “El euro ahuyenta la pesadilla de 1993”, seguido del siguiente subtítulo: “La economía se frena cada vez más, pero los expertos (el subrayado es mío) descartan una recesión”.

Y en efecto, como la financiación del déficit discurría sin dificultad y como además la inexistencia de la peseta dejaba de avisar del problema del déficit exterior, pues en los mercados de divisas ya no se podía especular contra ella y no se perdían reservas, era fácil pensar, estúpidamente por supuesto, que se había descubierto un mundo milagroso en el que todo eran ventajas, sin inconvenientes. Pero el déficit existía, se financiara como se financiara y se valorase en pesetas, euros o dólares. No se quiso entender que aunque por el euro no se encendieran las luces de alarma, un corrosivo y creciente desequilibrio se estaba generando. Que llegaría un momento en que sería insostenible, poniendo conclusión al milagro. Los gobiernos de turno no se enteraron de nada, siendo de nuevo verdad que los sectores sociales influyentes contribuyeron con su entusiasmo a ocultar tanta incompetencia.

La segunda influencia del euro en el déficit proviene del hecho de que, al no existir una moneda propia, la pérdida de competitividad de la economía española no se puede podía corregir con las devaluaciones de la peseta, como muchas veces sucedió en el pasado, por ejemplo, en la crisis del principio de los años 90. Antes, una economía comparativamente débil y retrasada como la española contaba con el resorte del tipo de cambio para compensar la pérdida de competitividad. Con el euro se cerró esa posibilidad, lo cual supuso una renuncia muy grave para afrontar los problemas como los que comento, que aparecerían de modo inexorable. Los gobiernos que nos condujeron e incorporaron a la moneda única actuaron con una ceguera imperdonable.

Posiblemente no hay en el mundo en estos momentos una economía en peor situación financiera que la española, al margen quizás de algún país anecdótico. El déficit exterior en valores absolutos es el segundo mayor del mundo, sólo superado por Estados Unidos, y el enorme endeudamiento le da a todo el sistema una precariedad extrema. La crisis financiera internacional ha despejado la niebla que cubría el abismo al que se asoma el capitalismo español. Es un país próximo a la bancarrota, una situación esta que suele estar adormecida, latente, pero que puede explotar de modo repentino y en el momento más inesperado.

No he entrado en detalles de la evolución de estos últimos años - cotización del euro, tipos de interés, concreción de la inversión en viviendas invendibles, facilidades crediticias para endeudamiento de las familias, especulación, precio del petróleo y las materias primas, comportamiento los salarios y beneficios- que serían necesarios para explicar aspectos secundarios de la trayectoria de la economía y los resultados de las cuentas exteriores, porque lo fundamental, donde quiero poner el énfasis es en la magnitud del déficit y en la acumulación de deuda externa que ha tenido lugar.

Como era inevitable, algunos políticos y economistas han empezado a darse cuenta del asunto entre manos. No el gobierno por supuesto, que tiene otras preocupaciones propagandísticas. Y han empezado a plantearse el tema con la crudeza debida, al valorarse que la economía está atrapada en un cepo del que si no se libera hará imposible toda recuperación.

Lo que se plantea, en definitiva, es como acabar con el déficit exterior. Y para ello caben, sobre el papel, dos alternativas: la de un ajuste externo y la de un ajuste interno. Veamos de que tratan, y las posibilidades y contradicciones de cada uno.

El ajuste externo

El ajuste externo supondría desvincularse del euro para recuperar la moneda propia y el instrumento del tipo de cambio. Exigiría una devaluación con la esperanza de que con el tiempo el déficit fuera anulándose gracias al impacto que sobre las exportaciones e importaciones tendría la caída del valor de la peseta, que podría ocurrir de una vez, a escalones o a los ritmos que se fuese decidiendo. Sería como dar un salto atrás y retroceder a 1999 cuando se implanto el euro. Sin embargo, la historia no puede borrarse y lo acontecido en la última década ha dejado

marcas indelebles que representan una pesada hipoteca sobre la economía española.

La recuperación de la vieja peseta como suele decirse y su devaluación entrañaría, para empezar, una decisión política tan dura, tan rupturista, tan acusadora con los responsables de tan groseros errores, que ningún gobierno querrá adoptarla, si bien esto no sería un impedimento insuperable porque si las dificultades aprietan todo se andará. Desde el punto de vista económico, la principal objeción sería que sí bien comenzaría a corregirse el déficit exterior, la montaña de deuda pendiente contratada en euros supondría una carga inaguantable para el sistema bancario y las empresas españolas, muchas de las cuales se verían arrastradas a una bancarrota irremediable.

Además, la posición exterior es tan precaria, que ahora, teniendo que depender tanto de los mercados exteriores sin la protección que ha otorgado el euro, la economía española sería muy vulnerable y estaría permanentemente en el ojo del huracán a la hora de obtener financiación y mantener una relativa estabilidad de su moneda.

Abandonar el euro, pues, tendría un altísimo coste, no porque no pertenecer a la moneda única sea imposible - países como Gran Bretaña, Suecia o Dinamarca están fuera del euro- sino porque las secuelas e hipotecas de haber compartido el euro son desoladoras. Se debe buscar, por tanto, otra solución: el tema del euro aparece como indiscutible y si se desestima el ajuste externo hay que explorar las posibilidades de recurrir al ajuste interno.

El ajuste interno

Este tipo de ajuste tiene ya importantes defensores en la derecha económica y política, también entre los social-liberales instalados en la lógica neoliberal de la Unión Europea, para quienes el euro tiene carácter irreversible, y porque consideran que acudir al ajuste interno es la solución menos perjudicial. Y decir perjudicial implica adentrarse en la cuestión de clase porque hay que aclarar quienes soportaran las consecuencias de ese ajuste.

El ajuste interno consistiría en dejar que la recesión siga su curso normal e incluso tomar medidas para “enfriar” la economía. Nada por tanto de políticas anticíclicas de tipo fiscal. Hay que deprimir la economía para disminuir el déficit exterior. Simultáneamente además, sería necesario

aumentar la competitividad de las mercancías y los servicios españoles por la única vía posible y eficaz perteneciendo al euro y tomando los demás factores que influyen en ella como dados a corto y medio plazo: rebajar los costes de producción. O lo que es lo mismo, reducir los salarios de los trabajadores. Y dada la entidad del déficit exterior, esta reducción tendría que ser drástica y general, del orden, se ha señalado, de no menos del 15% de los salarios actuales. La campaña ha empezado. “Hay que abaratar el factor trabajo”, sostiene el BBVA, y propone reducir cotizaciones (parte de los salarios) y aumentar el IVA (principal impuesto indirecto). “España necesita extender una política de moderación salarial contundente para ganar competitividad”, resalta en su último informe el FMI. La CEOE, desinteresadamente, afirma que no es tiempo de reivindicaciones salariales, aparte de reclamar el abaratamiento del despido. Esta política contribuiría al objetivo buscado de hundir la economía, si bien nadie ha calculado hasta donde tendría que sumergirse y por cuanto tiempo para que desapareciera el déficit exterior.

Si el ajuste externo tenía como gran obstáculo político la decisión de abandonar el euro, el ajuste interno tiene la dificultad de su aplicación. Por ello, las almas bien pensante ya han sugerido que es necesario un acuerdo de todas las fuerzas políticas y sociales, del tipo del alcanzado con los Pactos de la Moncloa, de siniestra memoria para la izquierda, para afrontar la insostenible posición del capitalismo español. Dejo aquí este aspecto de la cuestión y evito entrar en disquisiciones sobre la posibilidad política de un pacto de tal la naturaleza.

Volvamos a la economía. Un suficiente ajuste interno podría evidentemente reducir el déficit exterior, por la vía de hacer menos necesarias las importaciones y estimular algo las exportaciones. Pero poco o nada podría hacer con la deuda externa acumulada, que seguiría pesando de un modo intenso sobre la situación económica. Por otro lado, la corrección del déficit dejaría pendiente el problema de como evitar que en el futuro, cuando la economía emprendiese su recuperación, reapareciera el desequilibrio exterior. Sería como condenar a la economía española indefinidamente a la depresión. Y por último, y esencialmente, un ajuste de tal carácter implicaría una evolución del paro tan desoladora, tan catastrófica, que cuesta trabajo pensar que la sociedad española pudiera soportarla. Y es aquí donde entra la mención que se hizo inicialmente del problema del paro nuestro país y su explosiva respuesta a los cambios de coyuntura. Teniendo cuenta que ya hay 3 millones de parados, se estaría hablando de alcanzar una cifra de, digamos, unos 6 millones, contando con las facilidades que da un mercado laboral donde cerca del 30% de los contratos son precarios. Lo del euro es descabellado y sus consecuencias

inmanejables, lo del ajuste interno es una locura parecida y de consecuencias incluso más dramáticas.

Reaparece la política

Llegados a este punto, parece justificado el título del artículo, si bien aclarando ahora que alguna solución encontrará la sociedad porque éstas no tienden al suicidio y nada detiene el devenir histórico. Es aquí cuando reaparece la política en su significado mayor, las alternativas a los problemas de la sociedad con el trasfondo de la lucha de clases. Una venganza contra el neoliberalismo. Éste echó a la política con malas maneras de intervenir en los asuntos económicos, y he aquí que la política reaparece por la ventana para remediar los desastres provocados por los dogmáticos neoliberales, en nuestro país y en todo el mundo capitalista.

La situación política que se está viviendo en nuestro país es de interin por parte de todas las fuerzas políticas y sociales, incluidos los sindicatos mayoritarios, salvo el PP dispuesto a sacar réditos de la crisis mientras esté en la oposición. Todas ellas, antes que comprometerse ante una realidad tan cruda, parecen haber optado por aguantar y dejar pasar el tiempo con la ilusión vana de que éste solucione parte de los problemas, ahora que todavía no se han hecho insostenibles. No hay que hacer el mínimo esfuerzo por resaltar la incompetencia del gobierno socialista presidido por Zapatero. El gobierno está sobrepasado por los acontecimientos, sólo pretende ir tirando y ganar tiempo con la esperanza de que la ola de la crisis no se convierta en tsunami que arrastre todo con él. Actúa desorientado y bajo el pánico, dando palos de ciego, respondiendo al día día, sin plan trazado y sobre todo rehuyendo afrontar la situación extremadamente grave de la economía española. En su descarga podría reseñarse la complejidad del caso y la falta de instrumentos, ni divisa, ni política monetaria propia, ni fábrica de la moneda, cedidos tan irresponsablemente en el pasado.

Abrumado por las cifras del paro que se van conociendo, aparte de las medidas para paliar la crisis financiera, parece haber optado por una leve política keynesiana impulsando pequeñas partidas de gasto, como los 8.000 millones de euros para proyectos municipales, y aceptando el déficit público como algo inevitable, cuando hace apenas un año antes se consideraba inadmisibles y se alardeaba del superávit logrado.

Como no ha habido previsión de ningún tipo, el pequeño superávit de las cuentas públicas de los años anteriores se ha anulado con una rapidez sorprendente. Nunca tuvieron en cuenta que el excedente respondía a

circunstancias extremadamente favorables para los ingresos públicos y llevaron a cabo reformas fiscales regresivas que nada contribuían a redistribuir la renta, a encauzar la economía y sobre todo a preparar un futuro que podía vaticinarse con facilidad complicado. Otro desastre de la política económica. Ahora el impulso que se pretende dar a la demanda se hace a la desesperada y no deja de ser contraproducente porque la sombra del déficit exterior es amenazante y porque todo estímulo de la demanda del sector público, contando con él estrangulamiento financiero, impiden la financiación del sector privado.

Keynes nació para otro contexto político, el de los Estados con fronteras económicas y no el de la globalización neoliberal, donde todo esfuerzo por aumentar la demanda interior e impulsar la actividad se desvanece en parte por las importaciones; para otras situaciones económicas, en las que la debilidad de la demanda se debía a las expectativas desfavorables de la rentabilidad de las inversiones y no por imposibilidad de financiarlas en medio de una crisis financiera; y para otros regímenes donde los Estados disponen de resortes soberanos como el de crear dinero e inyectar liquidez al sistema a voluntad. El programa anunciado por Obama descansa en esa facultad, que tiene el gobierno de Estados Unidos, o el Gran Bretaña, porque tienen moneda propia, y no cuentan con ella los gobiernos de los países del euro, que la cedieron al BCE. Pero además, como se ha dicho, en el caso español no hay plan, sólo reacciones espasmódicas a las complicaciones que van surgiendo.

Las cuestiones de fondo están por abordarse, si no por voluntad propia, por el carácter inexorable con que se presentarán. Y utilizada esa palabra, la opinión del autor, no sólo por motivos ideológicos, es que lo que parece históricamente imposible es el mantener a una economía como la española atada al euro, lo cual es independiente del destino final de la moneda única, conmocionada como está por la crisis financiera internacional. La Europa de Maastricht está sufriendo pruebas muy duras y se ha descubierto ahora que era un proyecto precipitado, inmaduro y con más grietas de las sospechadas. Mucho mercado y moneda únicos, mucha propaganda sobre la Europa unida, pero cuando ha llegado la crisis, a la hora de la verdad, han surgido desacuerdos profundos y cada país está protegiendo sus intereses y atendiendo a sus prioridades internas. Al punto de que se están cuestionando los fundamentos del mercado único, como ocurre con las ayudas financieras que cada gobierno ha articulado para la defensa de su sistema crediticio, que quiebran la neutralidad de las políticas y distorsionan la competencia entre entidades financieras.

La izquierda ante la crisis

Para la izquierda el porvenir es desolador. Como no puede ser de otra manera, el impacto de la crisis sobre los trabajadores y las capas sociales más vulnerables es inevitable. En esto no hay novedad alguna. En el capitalismo no cabe esperar otra cosa, si bien una crisis tan profunda acaba acumulando víctimas en todas las clases sociales. La tarea inmediata que tienen los trabajadores y las organizaciones de izquierda es tratar que los golpes que reciban sean lo menos dolorosos posible, y para ello la lucha, la movilización y la cohesión y la solidaridad tienen un papel fundamental que desempeñar.

No obstante, la crisis también abre a la izquierda unas oportunidades impensables. Objetivos que estaban hace poco fuera del horizonte se han acercado repentinamente y cobrado realidad. La nacionalización de sectores básicos de la economía, incluida la banca, por ejemplo, pueden ponerse ya sobre el tapete. No son propuestas que suenen disparatadas y que las sugieran sólo anticuados izquierdistas. No sabemos como la crisis evolucionará, pero consignas por objetivos históricos de la clase obrera encerradas en el baúl, como el control obrero de las fábricas, pueden rescatarse y estar a la orden del día muy pronto.

El gran problema es, sin embargo, que estando dadas las condiciones objetivas, o mejor, que estando dadas las necesidades sociales objetivas para que la izquierda de un salto histórico en sus aspiraciones, la conciencia social está muy retrasada respecto a esas necesidades, las fuerzas de la izquierda se hallan muy desideologizadas para sacar provecho de la situación, y las organizaciones muy débiles para dirigir un cambio como el que puede producirse.

Con el PSOE no cabe contar. Es patética su política en el pasado y grotesca desde que se inició la crisis. Desde negar ésta, hasta el ufanarse de no estar a favor de un sector financiero nacionalizado o de erigirse en los más acérrimos defensores de la libertad de las empresas, incluida la libertad de hundirse. IU hace tiempo que abandonó el terreno de la política para dedicarse a sus cuitas internas y las pequeñas batallas por unas migajas de poder. La última Asamblea ha sido un fiasco para los propósitos de refundación y prepararse para entrar en el terreno de juego. La llamada declaración de Rivas sobre la crisis es un documento penoso, se mire por donde se mire, cuyo respaldo masivo conseguido expresa paradójicamente su irrelevancia. No se puede pensar en IU como la fuerza política capaz de dirigir los acontecimientos políticos que se avecinan. Y los sindicatos, o mejor las direcciones de los sindicatos mayoritarios, hace tiempo que

abandonaron este mundo. Como se dice jocosamente, ni están ni se les espera. Tanto ha sido su entreguismo que la burguesía se atreve a indicarles que es ahora, con la crisis, cuando de verdad tienen que hacer su trabajo de control de la clase obrera y dar la talla en su colaboración.

Fuera de ellos, algo se mueve. Hay que tener en cuenta que con la crisis la lucha de clases se exacerbará. La tentación de recortar salarios y derechos, como las prestaciones por desempleo por el aumento del paro, será irresistible. Y a pesar que se reconoce unánimemente que los trabajadores no tienen nada que ver con la crisis –han sido sólo testigos de la bonanza pasada-, se está ya aprovechando la situación para sugerir nuevos retrocesos, como la reducción de las pensiones, el abaratamiento del despido o la directiva Bolkestein. Más descontento, agitación, miedo y desesperación surgirán a medida que la crisis se agudice, pero no será fácil lograr la cohesión y la fuerza que la situación requiere. Menos aún recomponer una izquierda política bien organizada, firme y con el programa que esta crisis demanda para que se resuelva a favor de los intereses inmediatos e históricos de los trabajadores.

En resumen, la izquierda social está muy desarmada para afrontar los tiempos repletos de dificultades que vaticinamos. Desorientada ideológicamente, con la confianza perdida en sus fuerzas, se recoge en estos momentos cruciales las consecuencias del abandono de las convicciones profundas que la alimentaron históricamente, la confusión que introdujeron muchos de sus dirigentes e intelectuales sobre que el capitalismo era insuperable, la falta de paciencia ante los acontecimientos políticos y, en fin, la pérdida de la perspectiva de que el socialismo nos sigue esperando. Este es el gran drama de nuestro tiempo: con el capitalismo arrastrándonos al abismo, la llama de la esperanza de una alternativa socialista apenas se vislumbra en la oscuridad. ¿Crecerá con fuerza al calor de las próximas luchas y de los debates de ideas que redescubran y recuperen las viejas utopías?

Pongamos toda la voluntad y la lucidez para que así sea.

14.12.08 Aniversario de la Huelga General de 1988.